

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

NO IV

MADRID, 7 DE NOVIEMBRE DE 1909

NÚMERO 97



EL LORO

En el comedor de casa de Luisito estaban los amigos que habían ido á felicitarle. Eran todos muchachos de poca edad y reinaba entre ellos franca y cordial alegría.

En la sala estaba la mamá de Luis charlando con las personas mayores, y la institutriz, sentada frente á la puerta del comedor,

Ayuntamiento de Madrid

vigilaba á los niños, temerosa de que hiciesen alguna travesura; pero su temor era inmotivado, pues todos estaban tan formalitos que no parecían ser los mismos que otros días y en la misma casa habían dado suelta al jilguero y vestido con el traje de una muñeca al *Morito*, hermoso gato negro que dormitaba sobre una butaca.

Luisito no cabía en sí de gozo. Su sueño dorado, su ilusión de tanto tiempo iba pronto á verse convertida en realidad. Su papá le había prometido regalarle un loro, que Luis había pedido con insistencia muchas veces sin ver nunca cumplido su deseo. Siempre que se atrevía á formular su petición, le contestaba su padre con las mismas palabras:

—Si este año obtienes sobresaliente en todas las asignaturas, lo tendrás; si no, no.

Y Luisito, que era algo holgazán, veía pasar cursos y cursos sin alcanzar la codiciada nota.

Mas al fin había conseguido convencer á su papá y éste prometió regalárselo el día de su santo.

—No tardarán mucho en traérmelo—decía Luis á sus amigos.

—Oye. ¿Cuestan muy caros esos *bichos*?—le preguntó uno de los niños.

—Los que hablan, sí, y yo he pedido uno que hable por los codos.

—¿Pero esos pájaros tienen codos?—preguntó asombrado el más pequeño de los niños.

—¡Hombre, no, es un decir...!

Y en esto estaban cuando vieron entrar en el comedor á la institutriz que traía una monumental jaula de plateados barrotes, dentro de la cual había un loro. Alegría loca de todos los chicos y prudente advertencia de la institutriz:

—¡Cuidadito con meter los dedos en la jaula, porque los picotazos de estos animaluchos son temibles...!

Y dejando la jaula encima de la mesa salió de la habitación, volviendo á sentarse en el pasillo.

—¡Qué bonito es!—dijeron los niños.

—¿Por qué no le sueltas?—le preguntó á Luis uno de los pequeños.

—¡Quia, se me puede escapar!

—Pues en casa de mi profesor tienen un loro y anda suelto por todas las habitaciones.

—Y éste hará lo mismo; pero más adelante... Ahora lo que me interesa es que hable mucho... ¡Habla, lorito...!

El loro, mirándolos con extrañeza, permanecía silencioso.

—¡No habla...!

—¡Está mudo...!

—¿Será que no sepa...?

—Eso no; mi papá me dijo que hablaba mucho y muy bien...

—¡Estará malito...!

Los niños rodearon la jaula mirando con curiosidad al ave, que entornaba los ojos de vez en cuando.

—Voy á darle un bizcocho á ver si así conseguimos que hable— dijo Luisito.

Y puso entre los barrotes la delicada golosina que el loro picoteó con avidez.

—¡Tenía hambre...!—exclamaron los niños.

—¡Habla, lorito!—insinuó Luis.

Y á poco el loro, después de abrir desmesuradamente el pico, dijo con gran claridad:

—*Súgar... súgar.*

—¿Qué ha dicho?—se preguntaron los muchachos.

—No sé.

—Este loro no sabe hablar—dijo Luis irritado.

—¡Que se lo lleven...!

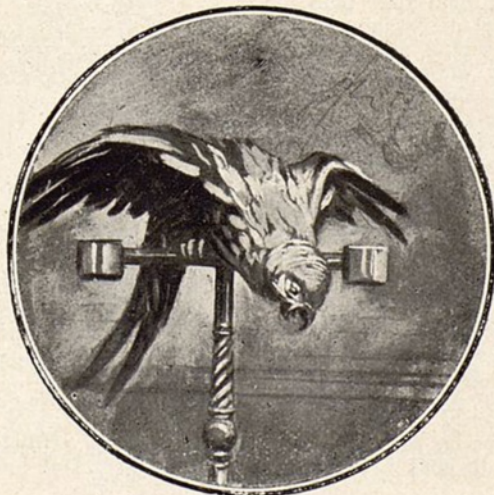
—¡Es tonto, sin duda...!

—No es tonto—dijo la institutriz entrando repentinamente en el comedor.—Los tontos y los que no sabéis hablar sois vosotros. Tú deseabas un loro que hablase mucho, y tu papá te ha complacido trayéndote un loro que habla... pero en inglés. Ya ves las desventajas que tiene el no aprender las cosas. No has querido que yo te enseñase este idioma y Dios te castiga no dejando que entiendas á ese pájaro.

—Tiene razón—respondió Luisito avergonzado.—Desde hoy aprenderé todo lo que usted quiera.

—Hijos míos—dijo la institutriz,—para criticar á una persona, es necesario tener la misma cultura que ella, y para censurar á un loro, lo primero que hace falta es entenderle.

JOSE RAMOS MARTIN.



Ayuntamiento de Madrid



LA PRINCESITA

COMEDIA INFANTIL EN UN ACTO Y DOS CUADROS, POR C. L. DE C.

Personajes: La princesa Isabel, doce años; la marquesa de Girasol, su aya, cincuenta; Maravilla, gitana, nueve; Estebanillo, paje, diez; el preceptor, sesenta; el doctor Fecio, cuarenta; el duque de Alcañil, mayordomo mayor, cincuenta; damas, caballeros y acompañamiento.

Un saoncio de palacio, de las habitaciones de la princesa.

ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA Y EL DUQUE

MARQ. La cosa tiene para mí demasiada gravedad para no preocuparme seriamente.

DUQUE. Creo que dais al asunto demasiada importancia, marquesa. Después de todo, son cosas de chicos.

MARQ. ¡De chicos! Indudablemente que son de chicos, puesto que el culpable tiene nueve años; pero hay que observar, duque, que ese *chico* está al servicio inmediato de Su Alteza.

DUQUE. ¡Acaso teme vuestro exquisito celo que la princesa va á contagiarse de esa afición que su paje demuestra á saltar por una tarja en vez de entrar y salir cómodamente por las puertas?

MARQ. No temo tal cosa. Conozco de

masiado á Su Alteza para suponerla capaz de una locura semejante, y si en mi calidad de aya me dirijo al mayordomo mayor es porque deduzco de la manera clandestina que el paje Estebanillo entra y sale en palacio, que trata de no ser visto, y cuando no quiere que le vean es prueba de que no va á ninguna parte buena. Deduzco además que si en sus escapatorias se reúne con otros chiquillos de baja estofa, que es lo más probable, aprenderá palabras y costumbres muy poco edificantes para estar al servicio inmediato de la princesa.

DUQUE. Indudablemente que si todo es como os lo figuráis no sería nada conveniente; pero creo que no tenéis pruebas

de que así sea. De todos modos, yo haré que se vigile á Estebanillo y averiguaremos donde va cuando se escapa por las tapias del parque.

MARQ. Me permito recomendaros que tratéis de que se averigüe pronto, para que cuanto antes pueda tomarse la providencia que proceda.

DUQUE. Así se hará. Podéis estar tranquila.

MARQ. Son tanto delicados los deberes de mi cargo para estar tranquila, duque. *(Con cierta ironía.)*

DUQUE. No lo dudo. Pero vuestras altas dotes le harán para vos fácil y sencillo.

MARQ. *(Haciendo una reverencia.)* Sois demasiado amable. *(Aparte.)* ¡Qué descuidado!

DUQUE. *(El mismo juego.)* Sencillamente justo. *(Aparte.)* ¡Qué meticulosa!

ESCENA II.

DICHOS Y EL DOCTOR RECIO

DOCT. Dios guarde á Sus Excelencias muchos años.

DUQUE. ¡Hola, doctor! ¿Habéis visto á Su Alteza?

DOCT. No se ha dignado recibirme ahora y ha ordenado que espere ó que vuelva luego.

MARQ. ¡Es realmente extraño! Tengo acostumbrada á Su Alteza á observar puntualmente la etiqueta, y ésta es la hora precisa de la visita de la Facultad.

DOCT. Así es en efecto, y á mí también me ha extrañado.

DUQUE. ¿Quién os ha comunicado esa orden?

DOCT. Su paje Estebanillo. Por cierto que me ha extrañado sobremanera la forma, y sobre todo, la razón.

MARQ. Decid, doctor, contádnoslo todo.

DOCT. Llegué a la antecámara y dije al pajecillo: "Anuncia á Su Alteza que el médico mayor de la Real Cámara solicita

su venia para la visita." Entró el paje y no tardó en salir, diciéndome: "Su Alteza desea que esperéis ó volváis luego, porque ahora no puede recibirnos." "¿Por qué no puede ahora recibir al médico?" me atreví á preguntar. Y el joven Estebanillo replicó sonriendo: "¡Su Alteza no puede recibirnos porque está algo delicada...!"

DUQUE. ¡Ja, ja! Buena razón para un médico. Eso ha sido sin duda una broma de Estebanillo.

MARQ. Es lástima que ese niño no sea jorobado ó enano si quiera, porque tiene grandes condiciones para bufón.

DUQUE. Es un loquillo, pero es gracioso.

MARQ. Tenéis una debilidad por el tal paje

DUQUE. No; sin duda os hace creerlo así la antipatía que vos le profesáis.

DOCT. Salva la respetabilísima opinión del excelentísimo señor mayordomo mayor, yo creo que ese niño se está maleando y quizá esto se deba á las malas compañías.

MARQ. ¿Veis lo que os decía, duque?

DUQUE. ¿Qué compañías son esas?

DOCT. Verá vucencia. Ayer tarde, mejor diré al anochecer, volvía yo de dar mi largo paseo á pie, práctica que me aconseja la higiene, cuando al atravesar el suburbio vi salir un niño bien vestido de una humildísima barraca. Chocóme el contraste, y me fijé. Calcule vucencia mi asombro cuando reconocí al paje de Su Alteza.

MARQ. Veo que mis temores no eran infundados. ¿Qué os parece, duque?

DUQUE. Que cuando no hay datos en que fundar una sospecha, no le doy tortura á la imaginación ideando maldades: pero cuando hay moti-



RELATOS DE CAZA

LA FUERZA DEL SINO

Entre todas las personas cómicas y risibles que conservo en la memoria, ocupa preferentísimo lugar D. Zacarías del Pino, hombre, cuando yo lo conocí, de unos cuarenta años, rechoncho de cuerpo, rubio de cabello, corto de piernas y grande de cabeza y panza. Tenía un vicio, una pasión, una manía: la caza; pero era lo raro del caso que, siendo muy miope, negábase á usar lentes, con lo cual resultaba que nunca llevó á su casa ni una sola liebre. Cierta tarde, hablando con él de estas cosas, me dijo entre sorbo y sorbo de café:

—Lo que á mí me lleva al campo no es precisamente el ansia de matar, sino el anhelo de respirar aires puros y sanos. La brisa de la sierra, impregnada de suavísimos perfumes, me embriaga, y lo demás me tiene sin cuidado. Cojo la escopeta, me voy al monte acompañado de mi perro y, cuando veo alguna cosa, tiro y, ¡claro está!, no le doy, pero me río figurándome el susto que el pobre animal se habrá llevado. Todos los amigos me aconsejan que gaste lentes; pero una vez que los usé me convencí de que es inútil oponerse á la fuerza del sino... Verá usted... Fué una mañana de Octubre, fresca y agradable, cuando, levantándome con el sol y colocándome las antiparras sobre las narices, me fuí al monte de la Atalaya y me acomodé entre unos altos peñascos que coronan su cima. Frente á mí se extendía un

verde pradecillo cubierto de fino césped, y me dije: "Aquí tienen que venir conejos..." Mientras los esperaba me puse á inspeccionar el horizonte y me maravillé, porque, en realidad, hasta entonces no lo había visto. ¡Qué hermoso estaba el cielo tan azul y tan puro! Y las montañas lejanas, ¡cómo cerraban el horizonte con sus gigantes cas y dentadas moles! ¡Y cómo se desenvolvía el llano manchado aquí y allí por verdinegros olivares! Sumido estaba en esta contemplación cuando dos conejos, saltando graciosamente, avanzaron hasta el centro del pradecillo. Yo, que los veía como nunca, dije mirando al mayor: "No, pues ahora no te vas á escapar..." Y apunté cuidadosamente, disparando con tan buena fortuna que logré matarle... No hay que decir que el otro desapareció como si se lo hubiera tra-



gado la tierra, ni que yo, ebrio de emoción, salté de mi escondrijo acompañado del perro que, por la falta de costumbre, no sabía buscar ni traer las piezas; pero entonces me ocurrió lo que á nadie le ocurre. Cuando ya iba á lanzarme sobre el desventurado conejo, he aquí que, en menos tiempo que se dice, vi en el suelo una inquieta sombra, sentí en el aire un estrepitoso aleteo, y un águila disforme cayó sobre la palpitante víctima, hizo presa en ella y tornó á elevarse mayestática trazando anchos círculos en el espacio... Fué tal mi rabia, que pataleé las antiparras. ¿De qué me había servido ver mejor...? Es mi sino, amigo mío, mi sino que sólo consiste en volver siempre al pueblo con el morral vacío...

JOSE A. LUENGO.



MONTBELIARD CUADRO DE DELAHAYE

Uno de los episodios más interesantes de la guerra franco-prusiana fué la acción de Montbeliard. En esta aldea se había fortificado el enemigo cuando llegaron los franceses á desalojarle. Y el primero que entró, al

frente de un puñado de tiradores, fué el teniente Pablo Deroulede, gran poeta, autor de los *Cantos del soldado*. Su arrojo decidió la jornada. Por ello fué recompensado con la cruz de la Legión de Honor.

Ayuntamiento de Madrid



FABULAS ESCOGIDAS

EL PASTOR Y EL INSECTO

Cantando Gil, vió de un insecto el nido
y le holló con pie rudo;
y aunque oyó de mil tristes el gemido,
siguió cantando, de piedad desnudo.
Viendo el insecto hollados á sus hijos,
subióse á la montaña,
y en el chopo más alto ayes prolijos
lanzó, exhalando su imponente saña.
Era el tiempo en que vientos y nublados,
desatando los cielos,
igualan con los montes los collados
copiosas nieves y abundantes hielos.
Por vengarse de Gil, cargó sañado
con un copo de nieve,
carga mayor con que el insecto pudo...
¡De tan grande furor, venganza leve!
Suelta el copo al enano que le inflama,
desde el altivo chopo,
y engruesando al bajar de rama en rama
fuése aumentando el invisible copo.
Va el germen infeliz de inmensa ruina
de hoja en hoja bajando,
y un copo y otro copo arremolina,
y ciento y mil, y auméntase rodando.
Cruje la mole, escasa todavía,
mas, en creciente extraña,
ya un monte desatado parecía
el declive al bajar de la montaña.
El alto roble y la empinada encina,
á su impulso arrollados,
amenazaban convertir en ruina
del pobre Gil apriscos y ganados.
Y al ver la mole, el insectillo en tanto
que lo arrasaba todo,
parodiando de Gil el fiero canto
tarareó esta canción allá á su modo:
*No hay venganza que un ruin, si está ofendido,
tomar no pueda en pago,
cuando un copo de nieve desprendido
la causa llega á ser de tanto estrago.*

RAMON DE CAMPOAMOR.

Ayuntamiento de Madrid



LAS BONDADÉS DE NINI

Después llegó toda la familia de Piluca, y ella estuvo jugando un rato conmigo; pero después la llamaron á tocar el piano, porque toca la mar de bien, y nos quedamos en el cuarto de los juguetes Enriquito y yo.

—Anda, chico; para que veas si te quiero, te voy á dar una porción de castañas pilongas que te he guardado.

—¿Pero te dejan comer eso, Nini?—preguntó él.—A mí no.

—A mí sí; es decir, las he comprado sin decir nada y he comido ya muchísimas.

Conque nos pusimos á comer castañas, ¡qué atrocidad, si no se acababan nunca! Después nos pusimos á jugar *al paso*. ¡Qué risa! ¿A que nadie sabe lo que es *el paso*? Pues se pone un chico... así... inclinado... doblado... vamos, casi á cuatro patas, y va otro y ¡pum! salta por encima sin tirarle ni nada. Así estuvimos mucho rato, y si no fuese porque cuando me tocaba á mí quedarme á cuatro patas, Enriquito al saltar me daba algunos puntapiés, pues no hubiese pasado nada malo.

¡Ah! se me olvidaba decir que Piluca regaló á mi mamá una fuente muy grande de *huevos amerengados*, que dijo que había hecho así:

Se separan las claras de las yemas de seis huevos, se baten aquéllas en punto de espuma y se les echa un punto de sal con 30 gramos de azúcar molida, una cucharada de agua de azahar y se sigue batiendo para que se mezcle bien.

Aparte, y á fuego lento, se ponen á cocer dos litros de leche con una cáscara de limón, cien gramos de azúcar y dos cucharadas de agua de azahar, hasta que quede reducido á la mitad. Cuando la leche esté

hirviendo, se van echando sucesivamente las claras batidas por porciones con un cacillo, para que tengan forma esférica. Se voltean los pelotones en la leche para que cuezan por igual, y según se van cuajando se sacan y se ponen á escurrir sobre un tamiz ó cedazo de crin.

Cuando todas las claras están cocidas, se aparta la leche del fuego y se le incorporan cuatro yemas, removiendo la leche fuerte y aprisa, para que tome consistencia sin cortarse.

Se colocan los huevos en pirámide en una fuente y se les vierte encima la leche preparada como queda explicado.

Debían estar riquísimos, sí, señores; pero ¡ay! que yo no los pude comer, ni Enriquito tampoco, porque pasó una cosa atroz, que voy á contar.

Estábamos jugando, como he dicho, *al paso*, cuando de pronto me pareció que se meneaban las paredes.

—¡ Ay, Enrique! —dije.—Tu casa baila.

—¡ Sí, Niní, sí! lo mismo me parece á mí.

—¡ Ay! ¡ ay! ¡ ay! Enrique; á mí me pasa una cosa muy rara por dentro.

—¡ Y á mi también, Niní!

—¡ Ay, Enrique! Me sube una ola desde la tripa hasta la boca; y sudo, ¡ y me voy á caer!

—¡ Y yo también, Niní! ¡ Y yo también!

—¿ Qué será esto, Enrique? ¡ Yo estoy muy mala!

—¡ Y yo también, Niní!

—¿ Te parece que llamemos?

—No me atrevo...

—¡ Ay, Enrique, que se va esta habitación!

—¡ Sí! ¡ sí! ¡ que se va! ¡ que se va!

—Llamemos, Enrique. ¡ Socorro!

—¡ Ay, sí, Niní! ¡ Socorro! ¡ Venir!

Y nos pusimos á gritar los dos:

—¡ Mamá! ¡ mamá! ¡ Piluca! ¡ Sultán! ¡ Venir! ¡ Ay! ¡ Socorro! ¡ Que nos morimos...!

M.^a ATOCHA GOSORIO Y GALLARDO.



FRAY LUIS DE GRANADA

Vió la luz primera por el año de 1504, en la ciudad de Granada. Sus pobres y honrados padres, después de la vida, nada más pudieron darle, sufriendo por esto durante su infancia los rigores de la indigencia. Huérfano de padre y apenas atendido por su laboriosa



madre, tuvo Luis una pen-
dencia con otro niño de su
edad, la cual presenció y pu-
so término el insigne general
conde de Tendilla, quien, al
oirle las razones con que hizo
ver la justicia de su causa,
le brindó á entrar en la ser-
vidumbre de la Alhambra,
palacio en que residía el no-
ble señor.

Socorrida su buena madre
por el que era capitán gene-
ral de Andalucía y con tiem-
po Luis para dedicarse á los
estudios, desarrolló toda su
aplicación alcanzando sus pri-
meros conocimientos en las
aulas que visitaban los hijos
de su protector á quienes
acompañaba llevándoles los
libros, en las que, desde los
primeros días, se hizo notar.

Su vocación á la oratoria,
sus buenas costumbres y la santidad de su espíritu, hacían que, es-
condido en los templos, pasara horas oyendo á los mejores predica-
dores de su tiempo, á quienes imitaba después con todo el calor de
su alma enamorada de la elocuencia ante corros de niños que embe-
lesados le oían, llamándole el *Predicador*.

Tan angelical muchacho no era para andar en cortes y palacios y,
respondiendo á sus más íntimos deseos, pidió á los Dominicos de
Santa Cruz un lugar en la Orden, en la cual entró el 15 de Junio de
1525. Viendo lo mucho que valía, sus superiores lo mandaron al co-
legio de estudios superiores de San Gregorio en Valladolid. Allí se
encontró con el celeberrimo Carranza, con quien desde entonces es-
tuvo unido con los vínculos de estrechísima amistad, y también á Mel-
chor Cano, Molina y al maestro Astudillo, religiosos que alcanzaron
para España muchos laureles.

Por el verano de 1534 volvió fray Luis á Granada, precedido de inmensa fama como teólogo, como orador y como santo; el año 38, admirado de su elocuencia el duque de Medina Sidonia, alcanzó tenerle en su casa en calidad de predicador, cargo que dejó pronto por preferir la vida de la Orden, la cual, en 1556, le hizo provincial de Portugal, cuando ya tenía estrechas relaciones con el infante D. Enrique, cardenal arzobispo de Evora, después rey de Portugal, y con la santa reina doña Catalina, de quien era confesor y consultor.

La vida privada de este esclarecido varón, que alcanzó el principado de la española elocuencia, fué siempre rigurosísima, sin que el trato con las Cortes y soberanos la hiciera cambiar un punto. Levantábase á las cuatro, y después de emplear tres horas en piadosos ejercicios, al irse á la celda llamaba de camino á quien le escribía. Antes de empezar la indicada labor, mandaba primero que le leyeran un libro por espacio de una hora; luego comenzaba á escribir hasta las diez que él cogía la pluma y escribía sobre materias diferentes.

A la hora de comer lo hacía con la comunidad, y cuando algún trabajo forzoso le privaba de ello, hacía leer lo que por la mañana había escrito y dictado con ánimo de no interrumpir ni el trabajo ni de violar la disciplina religiosa.

De una de la tarde á nueve de la noche tornaba á hacer uso del amanuense, y luego, si había cena la tomaba hecha de su mano, y si no se ponía en oración hasta las diez. Esta santa vida la continuó mientras tuvo fuerzas y robustez.

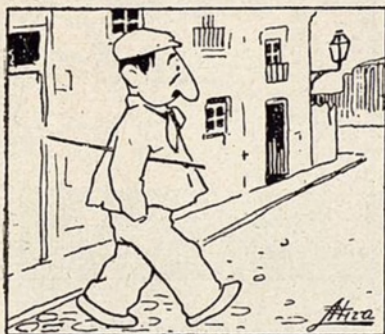
De sus obras hay mucho que decir. En 1538 dió á la publicidad la primera y en 1582 la última, que es una de las que más aureola de sabio y letrado le han dado.

De todas ellas han merecido más fama: *La guía de pecadores*, escrita en Badajoz y dada á la estampa en 1567, la cual produjo desde su aparición un efecto extraordinario; hiciéronse numerosísimas ediciones que al momento se agotaban; multiplicáronse las traducciones y ha recorrido el mundo. *El libro de la oración*, publicado en 1554; el *Memorial de la vida cristiana*, impreso en 1566, y la *Introducción del símbolo de la Fe*, puesto á la venta en 1582, libro nunca bastantemente alabado, en el que no se sabe qué admirar más, si la alteza del pensamiento ó la pulidez, grandiosidad y maestría del estilo y riqueza de habla. Estos son los riquísimos brillantes de la corona de gloria que por tiempos eternos circuirá las sienas de fray Luis de Granada.

Murió el último de Diciembre de 1588, después de haber dictado el sermón llamado vulgarmente *de los escándalos* y de exhortar á los novicios la fidelidad y el entusiasmo á la Orden en Lisboa, que tanto le adoraba, después de haber renunciado al obispado de Braganza y en donde tanto había hecho por que España fuera reina del estado lusitano.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

¡BUENA MERLUZA!



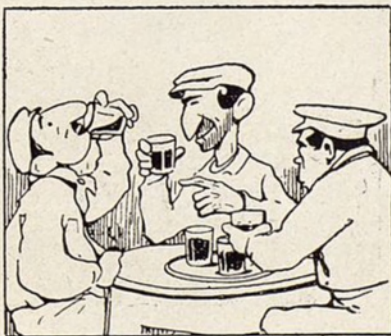
Para saber noticias de Melilla
salió el señor Julián, alias «Colilla».



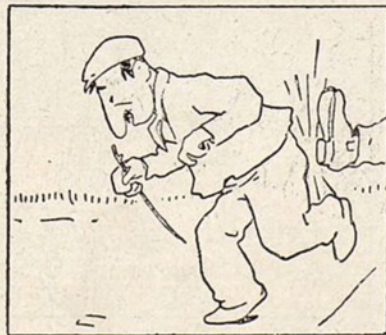
Y en la tasca co'óse de rondón,
que era agencia para él de información:



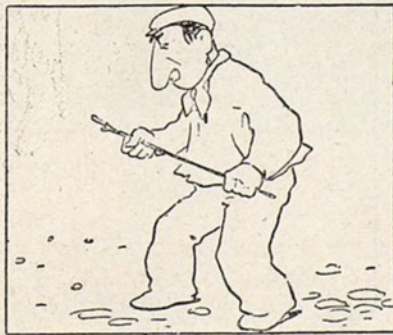
Allí encontró al «Rosquilla» y al «Mochales»
que saben más que los correspondales.



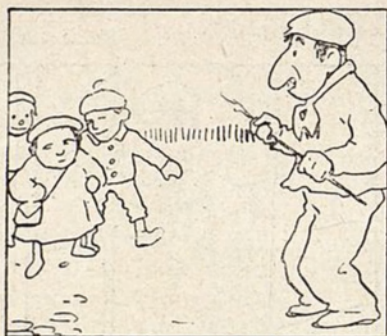
Que á cambio de unas tintas de la tierra
le dieron mil detalles de la guerra.



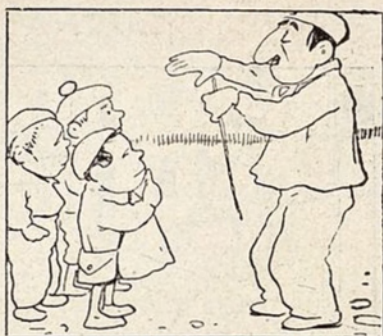
Salió con una turca soberana
creyéndose en los montes de Quebdana.



A modo de fasil terció la vara
temiendo una agresión de los Ledh:ra.



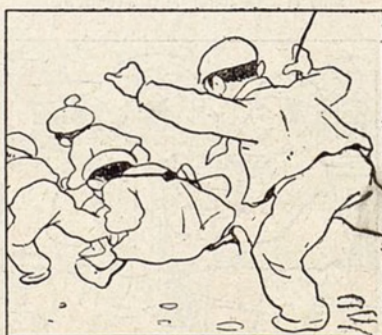
En esto vió venir á unos pequeños que tomó por auténticos rifeños.



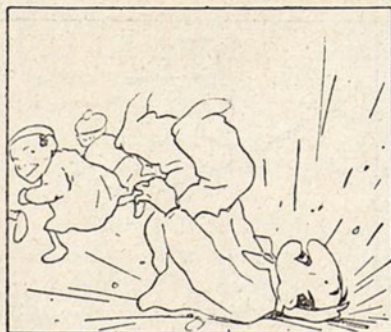
Se dispone á otorgarles el «camán» y adopta un estrambótico acento.



Mas los chicos, al ver que no está bueno, le toman por el pito del sereno.



Esto saca de quicio al buen «Colilla», que pone en dispersión á la pandilla.



Un resbalón da fin á su carrera que le hizo un buen chichón en la mollera.



Y cuando por la gente es recogido, dice que los muchos le han herido!